

Los temas de la Sociología de la Vejez

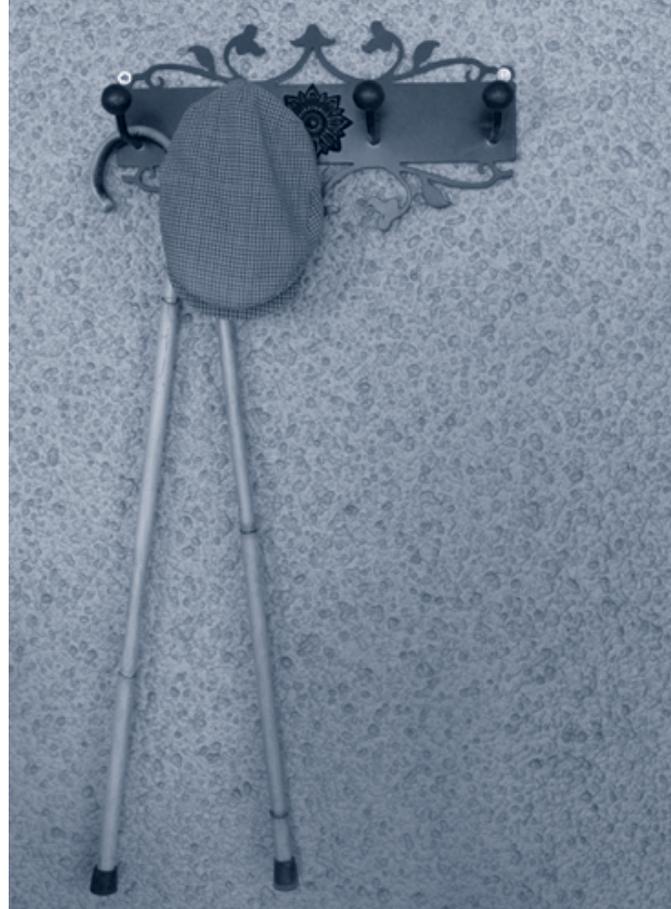
LOURDES PÉREZ ORTIZ

Universidad Autónoma de Madrid

La vejez y el envejecimiento son fenómenos relativamente nuevos en la Historia de la Humanidad. De hecho, para la mayor parte de los habitantes del mundo todavía no son problemas evidentes y por este motivo todavía el envejecimiento de la población tiene la consideración de problema de países ricos. Sin embargo, en poco tiempo la realidad será bien distinta y las personas mayores se harán plenamente visibles en todos los países. En los países occidentales, la vejez se ha convertido en una etapa normal de la vida que todos los miembros de las sociedades modernas esperamos alcanzar y que, casi con toda seguridad, alcanzaremos. Además, en estos comienzos del siglo XXI la vejez está cambiando de manera notable: por un lado, los primeros años se han convertido en una prolongación de la mediana edad; la mayoría de estos jóvenes viejos gozan de un estado de salud más que aceptable, lo que unido a otro conjunto de factores les permite desplegar actividades y estilos de vida que no solían ser propios de su edad hace unas décadas. Por otra parte, el aumento de la esperanza de vida da como resultado la emergencia de una última fase en el ciclo vital, caracterizada fundamentalmente por la debilidad física y sus consecuencias. Ésta, que podría considerarse la genuina vejez aparece cada vez a edades más avanzadas, pero afecta a más personas y, probablemente durante más tiempo. Una y otra etapa de la vida, tercera y cuarta edad, suscitan interés no solo por cuestiones de número, es decir, por el hecho de que los grupos de edades correspondientes son ya muy abundantes y van a serlo más en el futuro inmediato. Unos y otros están relacionados con temas centrales de interés en la observación de la realidad social. Primero, con todo lo relacionado con el fin de la existencia, con la relación entre salud y esperanza de vida, pero también con las posibilidades futuras del estado de bienestar, con la evolución de las relaciones familiares o con la discusión sobre el cambio cultural y la renovación de las generaciones, por citar solo algunos.

Se puede decir que la tarea de la sociología de la vejez es triple: en primer lugar, debe ocuparse de conocer

La vejez y el envejecimiento son fenómenos relativamente nuevos en la Historia de la Humanidad



la realidad de quienes son mayores en cada momento del tiempo; en segundo lugar debe describir y explicar los cambios que experimentamos al envejecer y, por fin, la tercera tarea consiste en describir y explicar los efectos macrosociales del envejecimiento de la población. Se trata entonces de describir y explicar la experiencia de envejecer en las distintas sociedades, de ver en qué medida esa experiencia consiste en comportamientos y actitudes específicas (distintas de las de otros grupos etarios); en una segunda fase comprobar en qué medida esos comportamientos diferenciados se deben al envejecimiento en sí, es decir, al hecho de cumplir años y, en un tercer momento comprobar si la abundancia de estas personas que se comportan de forma diferenciada puede cambiar el funcionamiento de las sociedades al completo o de sí, en general para las personas de todas las edades, la propia expectativa de envejecer induce a comportamientos, actitudes y valores diferentes a los que se mantenían antes.

Para desempeñar estas tareas, la Sociología de la Vejez recorre distintas áreas temáticas; la más elemental es la descripción de las características demográficas de los mayores, revelando los desequilibrios por sexo y la cada vez más nutrida presencia de los más veteranos, lo que se ha denominado el envejecimiento del envejecimiento. En el ámbito más básico se encuentra también la descripción del estado de salud y, lo que es más importante desde el punto de vista sociológico, la forma de entender la salud que tienen los mayores y, en general, las personas de todas las edades en estas sociedades envejecidas. La pregunta fundamental es si la visibilidad de

los problemas de salud de los mayores, el aplazamiento de la enfermedad a edades cada vez más elevadas y la expectativa de alcanzar esa situación cambia la manera de entender y cuidar la salud en las sociedades actuales. Sin salir del ámbito de los problemas de salud se encuentra el asunto de la autonomía funcional o, su reverso, la dependencia que también puede entenderse como un fenómeno social que cambia las relaciones con el entorno y la propia imagen personal. Sabemos que la dependencia funcional no viene solo marcada por los problemas estrictamente de salud de las personas que las padecen, sino que obedece también a la relación que la persona afectada pueda establecer con el entorno de las cosas y las personas que le rodean, depende pues de las características de ese entorno y de los recursos que tenga el interesado para afrontar esa relación. Por este motivo, la dependencia se relaciona con variables como el nivel de estudios; no se trata solo de que las personas con niveles de estudios más elevados tengan mejor acceso a los medios y las formas de cuidado de la salud, se trata más bien de que, ante los problemas de salud funcional, estas personas tienen más recursos para salvar las barreras del entorno o para obtener más beneficios de los elementos facilitadores.

Aunque muchas de estas características tienen consecuencias económicas, la economía de los mayores suele centrarse en sus condiciones materiales de vida, en su relación con el trabajo y la jubilación y con las consecuencias económicas de la protección social de la que son objeto. Al analizar las condiciones materiales en las que se desarrolla la experiencia de envejecer se suelen estudiar las fuentes de ingresos y la importancia que tienen las pensiones entre ellas. También se analizan otros activos que pueden producir ingresos adicionales, evitar gastos o proporcionar seguridad económica. Entre ellos destaca la vivienda que no es sólo un activo, sino el marco material de la experiencia de envejecer; sobre todo a medida que pasan los años y el espacio vital de las personas se reduce cada vez más al hogar. Pero las viviendas forman también una parte sustancial de la cartera de inversiones con las que las personas preparan o afrontan la vejez, no sabemos la huella que la crisis económica ha dejado en estos patrimonios. En cualquier caso, los análisis tendrán que situarse en el marco de la planificación financiera de la jubilación, que cada vez suscita un mayor interés en por parte de economistas y sociólogos.

En ámbitos más puramente sociológicos, interesa el análisis de las relaciones personales de los mayores. Cómo cambian las familias en sus aspectos estructurales, relacionales y funcionales con el envejecimiento de la población. Los aspectos estructurales consisten en que las familias se alargan (por la coexistencia de tres o cuatro generaciones) y se estrechan (por la caída de la fecundidad). Que se alarguen las familias significa que

ocupan cada vez una menor porción de su ciclo vital en las funciones de crianza. En cuanto a los aspectos relacionales, el estrechamiento de las generaciones junto con la inestabilidad de las parejas reduce las posibilidades de las relaciones horizontales (dentro de la misma generación) a favor de las verticales o intergeneracionales. Por fin, en aspectos funcionales, el envejecimiento de la población pone de manifiesto que las familias siguen conservando funciones que también tienen valor económico como los cuidados y el intercambio de servicios de todo tipo en los que las personas mayores no sólo reciben, sino que participan activamente; en los últimos tiempos, por ejemplo, hablamos cada vez más de la aportación de los abuelos al cuidado de sus nietos. No obstante, las relaciones personales de los mayores no se agotan en las familias, las amistades y los grupos de pares también pueden ser importantes, procurando sociabilidad, pero cuidados, apoyo y socialización en los nuevos roles que debe afrontar una persona mayor.

Interesa el análisis de las relaciones personales de los mayores. Cómo cambian las familias en sus aspectos estructurales, relacionales y funcionales

En el ámbito de las actitudes y los valores, el asunto que ha llamado más la atención por el momento es la relación del envejecimiento con la política. Por una parte, los mayores son objeto de protección social y como tales sujetos políticos de primer orden. Por otro lado, las personas mayores tienen cada vez mayor peso en los censos electorales. Suponer que los mayores votan motivados por intereses específicos y comunes (la defensa de las pensiones o de la atención sanitaria, por ejemplo), enfrentados a los de otros grupos de edades (viviendas, educación o empleo), podría conducirnos a la perspectiva de una guerra de edades en la arena política, sin embargo, hasta el momento nada de esto se ha demostrado. Pero el envejecimiento pone en primera línea de atención la relación de la edad con el cambio sociocultural. Hasta el momento hemos supuesto que ese cambio se produce por renovación generacional, que a medida que cumplimos años somos cada vez menos capaces de aprender cosas nuevas. Sin embargo, tenemos cierta evidencia de que muchas personas en su mediana edad o en su vejez temprana son capaces de adoptar nuevas actividades y nuevos modos de pensar. Es como si la prolongación de la vida más allá de los años reproductivos abriese una “segunda oportunidad” que muchas personas están aprovechando, pero que pone en entredicho la vieja idea del envejecimiento sociocultural.